

buir a los objetivos de la reunión.

Se habla ya de repetir **América Latina no oficial** en otras ciudades de Francia, así como en Inglaterra y en Bélgica; la experiencia lograda en París permitirá perfeccionar la organización y la ejecución de esta técnica informativa que ha mostrado ya su eficacia. Y aquí cabe extraer algunas posibles conclusiones de esta tentativa: En primer lugar, tanto su concepción y realización como sus cualidades y limitaciones reflejan una nueva óptica de la acción, relativamente insólita entre nosotros. Hasta ahora, los grupos de latinoamericanos en Europa procedían casi siempre por nacionalidades en sus manifestaciones políticas, uniéndose momentáneamente para defender la causa de uno de los países, pero no para entablar una acción de conjunto. Pienso que a partir de ahora se mantendrá y extenderá la tendencia a multiplicar la fuerza por la unión, única manera de lograr manifestaciones de tanta envergadura como ésta que comentamos. En segundo lugar, entiendo que lo más importante de la tentativa residió en su carácter colectivo unido a su decidido compromiso revolucionario; estas características, que no causarían sorpresa en una manifestación análoga organizada por un partido político, son bastante excepcionales cuando se trata de gente que pertenece a muy diversas corrientes dentro de la izquierda latinoamericana y que no obedece colectivamente a consignas de ninguna clase. Hace muy pocos años, los diplomáticos y otros prestidigitadores encargados de presentar la imagen de una América Latina ad usum delphini en Europa no hubieran tenido la menor inquietud en este terreno, pues una iniciativa como la que reseño hubiera resultado impensable; los artistas e intelectuales latinoamericanos más comprometidos políticamente estaban obligados a actuar por su propia cuenta (lo que equivalía a hacerlo con escasos resultados), sin contar que el criterio imperante en todos ellos era el de expresarse a través de sus obras individuales (pintura de temática revolucionaria, por ejemplo); a lo sumo hubieran podido aspirar a algún salón o a algunas conferencias de carácter más o menos «subversivo». Bruscamente, un grupo poco conexo y que abarca gente de la mayoría de los países latinoamericanos opta por renunciar al ego (cuadro, conferencia o sonata) y en cambio aúna esfuerzos para producir una manifestación donde los elementos estéticos no cuentan sólo por sí mismos, sino que se aplican a aguzar y a ahondar un panorama crítico e informativo destinado a los europeos. Nótese

que en ese anonimato deliberado no hubo la menor intención de «clandestinidad», absurda en Francia, y menos todavía la de hurtar el cuerpo a la responsabilidad inherente a las afirmaciones que se hicieron y documentaron en los paneles, afiches y reuniones informativas; de hecho, cualquiera puede saber y sabe en París los nombres de la mayoría de los organizadores, así como yo firmo estas líneas con el mío. Precisamente por ese carácter, y a pesar de las versiones tergiversadas que no habrán dejado de circular sobre tan escandalosa manifestación de rebeldía latinoamericana en plena Europa («ni siquiera se animan a dar los nombres», etcétera), la tentativa de abril en París tendrá un eco mucho más vasto de lo que muchos imaginan, ya sea en otros sectores latinoamericanos de las capitales europeas (tan mal o peor informadas que París sobre nuestra realidad y nuestras luchas), ya sea en nuestros propios países, donde no dejará de notarse la importancia de que más allá de las fronteras del continente haya compatriotas decididos a luchar revolucionariamente contra la propaganda oficial y otras manipulaciones a base de cócteles y condecoraciones de embajadores, y a dar a los europeos una noción cada vez más cabal y completa de lo que verdaderamente ocurre entre nosotros.

Desde luego, los estetas y los intelectuales «puros» deplorarán una empresa en la que el arte y la poesía se identifican con la política, y sobre todo en la que faltan las sacrosantas firmas al pie de las obras, ese signo por excelencia de un humanismo burgués en nombre del cual siguen queriendo entender esta realidad y que lo reemplazará por un humanismo muy diferente. Para ellos, un pintor no debería «perder» una cantidad de horas preparando carteles con datos estadísticos o montando una estructura para fijar fotos documentales; un escritor de ficciones tampoco debería «perder» una tarde escribiendo este texto que prescinde por completo de la invención. Creo que muchos de nosotros seguiremos «perdiendo» nuestro tiempo en cosas así, puesto que cada vez estamos más convencidos de que la creación individual no solamente no excluye un frente simultáneo y común de creación y acción revolucionarias, sino que ambas cosas son dialécticamente inseparables en esa visión del mundo que buscamos para el hombre nuevo de una América Latina liberada de sus explotadores, de sus gorilas y de sus zombies. ■ J. C.

